

La interpretación de la Biblia en la Iglesia

(A propósito de un nuevo documento)

FELIX GARCIA LOPEZ

Presentación

El Director del Instituto Superior de Ciencias Catequéticas «San Pío X», Prof. Lluís Diumenge, me ha pedido que dicte una conferencia sobre un tema de mi especialidad, es decir, sobre alguna cuestión bíblica. Dado que «la S. Escritura debe ser el alma de la Teología», como ha recordado el Concilio Vat. II (DV, 24), y que éste es un Centro de Estudios Teológicos, pienso que en principio cualquier tema bíblico debería ser de vuestro interés. Ahora bien, entre los diversos temas que saltaron a mi mente, al tener que elegir uno, me ha parecido especialmente interesante presentaros un Documento de la Pontificia Comisión Bíblica que acaba de ver la luz y que lleva por título *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*.

Se trata, en mi opinión, de un documento importante por varios motivos. En primer lugar, porque nos ayuda a conocer mejor la situación actual de los estudios bíblicos: sus problemas, sus posibilidades y sus límites. El texto, en este sentido, está muy bien documentado y es de gran actualidad. En segundo lugar, por «la importancia fundamental que la Biblia tiene para la fe cristiana, para la vida de la Iglesia y para las

relaciones de los cristianos con los fieles de otras religiones» (*Introduc.* al Documento). Considero que el nuevo documento es interesante para todos vosotros, porque en él se esclarecen algunas cuestiones claves sobre las relaciones entre la Biblia y la Catequesis.

Rastreando los documentos sobre la Biblia de la Iglesia romana, he podido comprobar que no abundan las referencias a las conexiones entre Biblia y Catequesis. El nuevo documento dedica una página a esta cuestión, lo que no es poco, sobre todo si se piensa en la densidad y riqueza de su contenido. En realidad, se trata de una página que presupone otras muchas; creo que no sería exagerado afirmar que su correcta comprensión implica la lectura de todo el documento. Por esta razón, me propongo presentaros el nuevo documento, en la esperanza de que mis reflexiones pueden servir para estimularos a su lectura y estudio.

Mi exposición constará de tres partes. En la primera, consideraré el marco en el que se encuadra el documento. Dicho con otras palabras, pasaré revista a los textos más significativos de la Iglesia católica, que se hallan de una u otra forma presupuestos en la letra o en el espíritu del nuevo documento. En segundo lugar, examinaré las grandes líneas que vertebran el documento, poniendo de relieve sus aportaciones más novedosas. Finalmente, me ceñiré a un punto particular del documento: la interpretación de la S. Escritura en la vida de la Iglesia, con especial énfasis en las relaciones entre Biblia y Catequesis.

1. Marco histórico y doctrinal. Cien años de exégesis bíblica en la Iglesia católica

1. El 18 de noviembre de 1893, el Papa León XIII publicaba la Encíclica *Providentissimus Deus*, con la clara intención de re-

novar los estudios bíblicos en la Iglesia católica. Cincuenta años más tarde veía la luz la Encíclica *Divino Afflante Spiritu* de Pío XII, considerada como la Carta Magna que inauguraba la era moderna de la exégesis católica. El Documento de la Pontificia Comisión Bíblica, del pasado día 18 de noviembre, conmemora el centenario de aquélla y el cincuentenario de ésta.

Dicho Documento ya estaba terminado el 15 de abril de este año. Es más, el día 23 de abril Juan Pablo II recibió en audiencia privada a un reducido número de personas, entre las que destacaban los 20 miembros de la Pontificia Comisión Bíblica. El S. Padre les dirigió un discurso, en el que agradecía vivamente el Documento sobre *La interpretación de la Biblia en la Iglesia* por ellos elaborado. El retraso de más de siete meses en su publicación obedece seguramente al deseo de hacer coincidir su aparición con la fecha exacta del centenario de la *Providentissimus Deus*.

No obstante, la causa más importante que motivó la elaboración del nuevo documento hay que buscarla en las discusiones bíblicas recientes, fundamentalmente de tipo metodológico y hermenéutico, que han abierto nuevos horizontes a la exégesis. El último gran documento de la Iglesia romana en materia bíblica remonta al Concilio Vaticano II, exactamente al 18 de noviembre de 1965, fecha en que Pablo VI promulgó la Constitución Dogmática *Dei Verbum* sobre la divina Revelación. Entre aquél texto conciliar y éste de la Comisión Bíblica median casi treinta años. Es decir, el período en el que hay que situar las mencionadas discusiones.

Así pues, el nuevo documento se enmarca entre dos circunstancias: el contexto próximo se lo brindan las nuevas corrientes exegéticas y el contexto remoto ha de buscarse en los cien últimos años de la exégesis católica. Veamos con más

detención ambos aspectos.

2. El Papa León XIII intentó estimular y reorientar los estudios bíblicos. Como hombre culto y buen pastor de la grey que le había sido confiada, León XIII vivió atento a los problemas intelectuales de la Iglesia y del mundo de su época. En lo tocante a la Biblia, se preocupó de que la enseñanza de la Escritura en los Seminarios y Centros de Estudios Teológicos se adecuara a las necesidades de los tiempos.

Su Encíclica *Providentissimus Deus* surgió, no obstante, en medio de fuertes polémicas contra la fe de la Iglesia, fomentadas por la crítica racionalista y la exégesis liberal. De aquí, su trasfondo apologético. Es algo más que una pura coincidencia el hecho de que el mismo día en que se publicaba la Encíclica, Alfredo Loisy -uno de los filólogos y exégetas críticos más eminentes de la Iglesia católica de aquel tiempo- se viera obligado a presentar su dimisión como Profesor del Instituto Católico de París para no exponerse a ser expulsado del Centro por los Obispos responsables del mismo. A pesar de todo, en la Encíclica se invita al estudio científico de la Biblia, como la mejor arma para combatir a los adversarios de la Iglesia.

En el mismo sentido, el 30 de octubre de 1902 León XIII instituyó la Pontificia Comisión Bíblica con una doble misión: promover el progreso de las ciencias bíblicas y defender la ortodoxia en esa misma materia.

Poco más tarde, en el Pontificado de Pío X, dicha Comisión se convertiría más bien en órgano de censura. El 23 de diciembre de 1903 fueron condenadas por el "Índice" las obras de A. Loisy. Lamentablemente, no fue la única condena. La Iglesia atravesaba por momentos difíciles y borrascosos. Al afrontarlos, el Papa Pío X se sintió en el deber de optar por la fe y la ortodoxia, aún con el riesgo de sacrificar la ciencia. En el

campo de la exégesis bíblica, se apostó por una lectura literalista/fundamentalista de la Escritura, rechazando los métodos histórico-críticos.

Dejando aparte el pontificado de Benedicto XV, durante el cual se publicó la Encíclica *Spiritus Paraclitus*, y el de Pío XI, poco fecundo para el progreso de las ciencias bíblicas, llegamos a Pío XII, uno de los grandes promotores de los estudios bíblicos en la Iglesia católica. Su Encíclica *Divino Afflante Spiritu*, publicada en 1943, surgió en un momento en que determinados sectores de la Iglesia mostraban cierto desprecio por la exégesis crítica, a la par que querían imponer una interpretación "espiritual" de la Biblia. Tal dicotomía entre ciencia y fe no era de recibo y Pío XII, con su gran visión de los problemas, supo defender los aspectos positivos de la exégesis científica sin minusvalorar lo que de bueno tenía la lectura espiritual de las S. Escrituras. No tenía por qué existir oposición entre una y otra. Se trataba más bien de establecer un equilibrio entre ambas. En su Encíclica, el Papa apostó decididamente por los métodos histórico-críticos, recomendando el estudio de los géneros literarios. Alertó, no obstante, de la insuficiencia de tal estudio para captar toda la riqueza y profundidad de la Palabra de Dios. Al trabajo intelectual riguroso, el exégeta tenía que unir un impulso espiritual.

Veinte años después, el Concilio Vaticano II consagró definitivamente, en la Constitución dogmática *Dei Verbum* sobre la Divina Revelación, la orientación marcada por Pío XII. Dicha Constitución imprimió, además, una actitud nueva de tipo pastoral, en el modo de acercarse a los textos bíblicos. En su último capítulo, consagrado a la Escritura en la vida de la Iglesia, se afirma:

«...toda la predicación de la Iglesia, como toda la religión cristiana, se ha de alimentar y regir con la

Sagrada Escritura» (DV, 21).

«La Iglesia (...) procura comprender cada vez más profundamente la Escritura para alimentar constantemente a sus hijos con la palabra de Dios» (DV, 23).

Esta actitud pastoral respecto de la S. Escritura, característica del Vaticano II, se reflejará en repetidas ocasiones en otros documentos postconciliares, de los que se desprende claramente que la exégesis tiene que correr pareja con la proclamación de la palabra de Dios. Sólo así se logrará la meta última de ésta: ser alimento espiritual de los cristianos.

3. Al margen de los documentos de la Iglesia católica, en las dos últimas décadas se han verificado cambios notables en los estudios bíblicos en general. Se han removido los pedestales sobre los que se apoyaban algunas de las grandes figuras de la exégesis y han comenzado a desmoronarse los edificios por ellos construidos. La casa que parecía sólidamente fundada sobre la roca, que ni vientos ni aguaceros habían logrado derribar con el paso del tiempo, ahora nos aseguran que estaba cimentada sobre arena. En estos últimos años ha reinado cierta confusión y desconcierto entre los exégetas.

En una conferencia pronunciada el pasado mes de julio en El Escorial, en el marco de los cursos de verano de la Universidad Complutense, el Prof. Ulrich Berges comenzaba así su exposición: «La situación actual de la exégesis veterotestamentaria se parece mucho a la confusión de lenguas de Babel»¹. Quien se asome a las interpretaciones de los biblistas sacará fácilmente la impresión de que está pisando un terreno sumamente movedizo, en el que abundan las incertidumbres y se multipli-

¹Cf. U. Berges, *Lectura pragmática del Pentateuco: Babel o el fin de la comunicación*, Estudios Bíblicos 52, 1994 (de próxima publicación).

can las hipótesis. Como le ocurrió a la paloma después del diluvio, probablemente no encuentre terreno sólido donde posarse. El continuo ajeteo de los especialistas parece estorbar en vez de ayudar a la comprensión de la Biblia.

El método histórico-crítico, que había adquirido carta de ciudadanía y campaba por sus respetos, está siendo zarandeado y ha ido perdiendo terreno en las dos últimas décadas, mientras que otros métodos literarios y nuevos modelos de lectura luchan con no poco éxito por abrirse paso y afincarse en el terreno de la exégesis.

Ante tal panorama, parecía conveniente -si no obligado- que la Iglesia dijera una "palabra oficial" sobre estas cuestiones. Tanto más si se piensa que la Biblia posee una importancia fundamental para la fe cristiana y para la vida de la Iglesia.

2. El nuevo documento de la Pontificia Comisión Bíblica sobre *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*

1. En el mejor espíritu de la tradición de la Iglesia católica que acabo de esbozar, el nuevo documento de la Comisión Bíblica desea responder a los problemas actuales de la exégesis. Su objetivo consiste en «examinar los métodos susceptibles de contribuir eficazmente a poner de relieve todas las riquezas contenidas en los textos bíblicos».

Para lograrlo, da cuatro pasos sucesivos, que estructuran el documento en cuatro partes: 1º se describen los diversos métodos, acercamientos y lecturas, subrayando sus posibilidades y sus límites; 2º se examinan algunas cuestiones de hermenéutica; 3º se reflexiona sobre las dimensiones características de la interpretación católica de la Biblia y sobre sus relaciones con otras disciplinas teológicas; y 4º se considera

el lugar que tiene la interpretación de la Biblia en la vida de la Iglesia.

2. La clave de bóveda del documento se halla, a mi modo de ver, en la convergencia de dos líneas fundamentales. La primera está trazada sobre la idea de que Dios se ha revelado en la historia y de que su palabra se ha enraizado en un tiempo y en unas circunstancias bien precisas. A diseñar la segunda contribuye la concepción de que la S. Escritura, en cuanto palabra de Dios en lenguaje de hombres, ha sido compuesta por autores humanos en todas sus partes y fuentes. Para hablar a los hombres y mujeres desde la época del Antiguo Testamento, Dios ha explotado todas las posibilidades del lenguaje humano, pero al mismo tiempo ha tenido que someter su palabra a todos los condicionamientos de nuestro lenguaje (*Conclusión* del Doc.).

En estas coordenadas, la Biblia es presentada como «una sinfonía con muchas voces»" (III.A.3) Esta imagen me parece tan certera como elocuente en el momento actual de la exégesis. San Gregorio Magno había descrito la S. Escritura como "una carta del Dios Todopoderoso a su criatura". León XIII repitió la misma imagen para subrayar el origen divino de la Escritura. La metáfora de la sinfonía pone de relieve la pluralidad de voces. En los estudios bíblicos modernos, especialmente en los de corte literario, se habla a menudo de distintas voces en los Libros Sagrados: la del narrador, la del autor, la del redactor, etc. En una obra muy reciente, Childs sostiene que el canon cristiano de los libros bíblicos consta de dos voces diferentes, de dos coros de voces: el del Antiguo Testamento, la voz de Israel, y el del Nuevo Testamento, la voz de la Iglesia. Ambas voces se aúnan y se funden, aunque no se confunden, en la única voz de Dios, que proclama al

hombre la buena noticia².

Recorriendo los diversos documentos de la Iglesia, encuentro ya esta imagen (pienso que es la primera vez que se usa, aunque no estoy cierto) en un discurso de Pablo VI del año 1974. Refiriéndose a la "pluralidad de teologías" existentes en el Nuevo Testamento, Pablo VI comenta que son como una «sinfonía coral de la comunidad viviente, con sus múltiples voces que profesan todas la fe en el único misterio».³

Desplegada la Biblia en toda su riqueza y variedad pluriforme, se pone en evidencia que ninguna interpretación particular puede agotar el sentido del conjunto. De donde se desprende que la interpretación de la Biblia tiene que ser necesariamente plural. Ningún método, por muy científico y riguroso que sea, puede bastar para extraer todas las riquezas que se contienen en las S. Escrituras. A la pluralidad de voces y de coros de voces, corresponde la pluralidad de intérpretes y de escuelas o métodos exegéticos.

La Encíclica *Divino Afflante Spiritu* de Pío XII se caracterizó, entre otras cosas, por la recomendación del método histórico-crítico en general y de los géneros literarios en particular. El nuevo documento de la Pontificia Comisión Bíblica amplía considerablemente este horizonte, distinguiéndose por su apertura a los progresos recientes de las investigaciones lingüísticas, literarias y hermenéuticas. En consecuencia, la exégesis bíblica se ha abierto a los métodos y modelos actualmente empleados en la interpretación de la Biblia.

²B.S.Childs, *Biblical Theology of the Old and New Testaments. Theological Reflection on the Christian Bible*, London 1992, 722.

³*Acta Apostolicae Sedis* 66, 1974, 236.

3. La **primera parte**, más de un tercio de todo el documento, se dedica al estudio de los nuevos métodos y modelos de interpretación de la Biblia. Se presta especial atención a los métodos literarios (retóricos, narratológicos y estructuralistas), así como a los nuevos acercamientos basados en la tradición (tal el canónico, o los que recurren a las tradiciones judías de interpretación y a la historia de los efectos del texto) o a los enfoques desde las ciencias humanas (sociológico, antropológico-cultural, psicológicos / psicoanalíticos) y a los acercamientos contextuales (liberacionista y feminista). Todos estos métodos y aproximaciones son apreciados y valorados por lo que tienen de positivo, por la ayuda que prestan a una mejor comprensión de las Escrituras.

El documento recomienda el dialogo de la exégesis bíblica con todas aquellas disciplinas del saber humano que puedan contribuir al esclarecimiento de las S. Escrituras. En él se invita, asimismo, a la interdisciplinaridad, ya que raras veces se encuentran estudiosos que sean competentes en todas las materias necesarias o recomendables para la correcta interpretación de los textos bíblicos.

El método histórico-crítico sigue considerándose como **indispensable** en sus operaciones fundamentales. Esta apreciación radica en la misma concepción básica de la Escritura: Dios se ha revelado en la historia humana y el mensaje bíblico está sólidamente enraizado en la historia. De donde se infiere que «los escritos bíblicos no pueden comprenderse adecuadamente sin un examen de su condicionamiento histórico. Las investigaciones "diacrónicas" serán siempre indispensables en la exégesis. Sea cual fuere su interés, los acercamientos "sincrónicos" nunca podrán reemplazar a los métodos histórico-críticos» (*Concl.* del Doc.).

En la misma perspectiva, la única lectura de la Biblia que se

crítica duramente es la fundamentalista o literalista. Y es que en ella se rechaza el carácter histórico de la revelación, lo que la incapacita para aceptar plenamente la verdad de la Encarnación. «El acercamiento fundamentalista -dice expresamente el documento- es peligroso, porque resulta atrayente para las personas que buscan respuestas bíblicas a sus problemas vitales. Puede embaucarles ofreciéndoles interpretaciones piadosas pero ilusorias, en lugar de decirles que la Biblia no contiene necesariamente una respuesta a cada uno de esos problemas» (I.F, p. 25s).

4. La **segunda parte** del documento considera algunos de los postulados de la hermenéutica filosófica contemporánea. Tres nombres, en especial, saltan a primer plano por su contribución a la exégesis bíblica: Rudolf Bultmann, Hans Gadamer y Paul Ricoeur.

«Constatando la distancia cultural entre el mundo del s. I y el del s. XX y preocupado por lograr que la realidad de la que trata la Escritura hable al hombre contemporáneo, **Bultmann** insistió sobre la precomprensión necesaria a toda comprensión y elaboró la teoría de la interpretación existencial de los escritos del Nuevo Testamento».

«**Gadamer** subrayó también la distancia histórica entre el texto y su intérprete.(...) La comprensión, según él, se opera en la fusión de los horizontes del texto y de su lector».

«Del pensamiento hermenéutico de **Ricoeur** se retendrá ante todo la revalorización que asigna a la función del distanciamiento como condición previa necesaria para una justa apropiación del texto. Una primera distancia existe entre el texto y su autor...; una segunda, se

produce entre el texto y sus lectores sucesivos» (II.A.1).

Tras señalar las posibilidades y los límites de estas teorías, el documento afirma expresamente que la Biblia, en cuanto palabra de Dios para todas las épocas, no puede prescindir de una teoría hermenéutica que permita incorporar los métodos de crítica literaria e histórica en un modelo de interpretación más vasto. Se trata de acortar la distancia entre el tiempo de los autores y primeros destinatarios de los textos bíblicos y nuestra época contemporánea, de modo que se actualice, como se debe, el mensaje de los textos a fin de nutrir la vida de fe de los cristianos.

La necesidad de una hermenéutica, es decir, de una interpretación en el hoy de nuestro mundo, tiene su fundamento ya en la misma Biblia y en la historia de su interpretación. Los acontecimientos relatados en la S. Escritura son acontecimientos interpretados. Además, cualquier exégesis de los relatos de estos acontecimientos implica necesariamente la subjetividad del exégeta. La hermenéutica contemporánea es una sana reacción contra el positivismo histórico y la tentación de aplicar al estudio de la Biblia los criterios de objetividad utilizados en las ciencias naturales. La hermenéutica filosófica contemporánea ha puesto en evidencia la implicación de la subjetividad en el conocimiento, especialmente en el conocimiento histórico (II.A).

5. Presentadas así las cosas, surge espontáneamente una pregunta: ¿se distingue en algo la exégesis católica de la exégesis científica? La respuesta a esta cuestión se encuentra en la **tercera parte** del documento y es muy clara:

«La exégesis católica no trata de distinguirse por un método científico particular», sino que «utiliza (sin

trasfondo) todos los métodos y acercamientos científicos que permitan captar mejor el sentido de los textos en su contexto lingüístico, literario, sociocultural, religioso e histórico, esclareciéndolos también por el estudio de sus fuentes y teniendo en cuenta la personalidad de cada autor (III).

Es más, la exégesis católica «contribuye activamente al desarrollo de los métodos y al progreso de la investigación». Lo que caracteriza a la exégesis católica es que se sitúa conscientemente en la tradición viva de la Iglesia, cuya principal preocupación es la fidelidad a la revelación atestiguada por la Biblia (III).

Por consiguiente, la tarea de los exégetas católicos es doble. En primer término, es una **tarea de Iglesia**, porque consiste en estudiar y explicar la Escritura de modo que ponga todas sus riquezas a disposición de los pastores y de los fieles. En segundo lugar, es una **tarea científica**, que pone a los exégetas católicos en relación con sus colegas no católicos y con muchos sectores de la investigación científica. En este sentido, los exégetas católicos tienen que servirse de los diferentes métodos críticos y han de tomar en consideración diversas perspectivas hermenéuticas, que les ayuden a percibir la actualidad del mensaje bíblico y responder mejor a las necesidades de los lectores modernos de la Biblia (III.C.1).

Es importante para el bien de toda la Iglesia y para su irradiación en el mundo moderno que un número suficiente de personas bien formadas se consagren a la investigación en los diferentes sectores de las ciencias exegéticas (III.C.2).

3. La interpretación de la Biblia en la vida de la Iglesia

1. La **cuarta parte** del documento de la Comisión Bíblica se da la mano, en líneas generales, con el cap. 6 de la Constitución *Dei Verbum* del Vaticano II. En ambos textos, se trata de presentar las características más salientes de la interpretación de la Biblia en la vida de la Iglesia. El Concilio Vaticano II imprimió a la exégesis católica una orientación pastoral. En los años postconciliares, se alentó la misma actitud.

Pablo VI, uno de los grandes promotores de los estudios bíblicos en la Iglesia, estuvo siempre atento a los trabajos científicos, por un lado, y a las necesidades pastorales, por otro. A él se debe la remodelación de la Comisión Bíblica en el año 1971. Reconociendo que la tarea de los exégetas se hace cada vez más ardua, Pablo VI lleva a cabo un profundo "aggiornamento" de la mencionada Comisión, con el fin de promover convenientemente los estudios bíblicos y ofrecer una contribución válida al magisterio de la Iglesia en la interpretación de la S. Escritura⁴.

Cuando se reunieron por primera vez los componentes de la nueva Comisión, Pablo VI les dirigió un discurso en el que se refirió a las orientaciones más importantes de la exégesis contemporánea, subrayando la relación entre la Escritura y la Iglesia. «Me parece —dijo el Papa, en aquella ocasión— que la nota distintiva y dominante de la exégesis contemporánea sea la reflexión sobre las relaciones profundas que unen a la

⁴*Enchiridion Biblicum. Documenti della chiesa sulla Sacra Scrittura*, Bologna 1993, nº 723-25.909.

Escritura y a la Iglesia de los primeros tiempos. (...) La función hermenéutica ... ¿no invita al exégeta a ir más allá de la investigación del "puro texto primitivo" y a recordarse de que es la Iglesia, comunidad viviente, quien "actualiza" el mensaje para el hombre contemporáneo?». ⁵

En sintonía con el Conc. Vaticano II y con Pablo VI, el nuevo documento de la Comisión Bíblica aborda tres puntos significativos en la última parte: la actualización, la inculturación y el uso de la Biblia en la Iglesia. El esfuerzo de actualización, que hace que la Biblia sea fecunda en la diversidad de los tiempos, se corresponde con el esfuerzo de inculturación, que asegura el enraizamiento de la Escritura en la diversidad de los lugares (IV B).

En cuanto al uso de la Biblia en la Iglesia, el documento proyecta su mirada en cuatro direcciones: liturgia, lectio divina, pastoral y ecumenismo. Las relaciones entre Biblia y Catequesis se tratan en el contexto del ministerio pastoral.

2. «La explicación de la Palabra de Dios en la catequesis -son palabras del documento- tiene como fuente primera la S. Escritura, que ... provee el punto de partida, el fundamento y la norma de la enseñanza catequética». Este principio general coincide substancialmente con las orientaciones de la Constitución *Sacrosantum Concilium* del Vaticano II (SC 35) y del *Directorio Catequístico General* de la Congregación para el Clero, publicado en 1971⁶. Elevado al plano teórico, el principio señalado se corresponde básicamente con la idea de que la S. Escritura es "el alma de la Teología". Se reafirma, pues, un principio ya conocido.

⁵ *Acta Apostolicae Sedis* 66, 1974, 246.

⁶ *Enchiridion Biblicum* (nota 4), n° 721.

Los párrafos segundo y tercero, referentes a las relaciones entre la Biblia y la Catequesis, me parecen en cambio más novedosos. En ellos leemos:

«La catequesis tiene que partir del contexto histórico de la revelación divina para presentar personajes y acontecimientos del Antiguo y del Nuevo Testamento a la luz del diseño de Dios».

«Para pasar del texto bíblico a su significación salvífica para el tiempo presente, se utilizan hermenéuticas variadas, que inspiran diversos géneros de comentarios. La fecundidad de la catequesis depende del valor de la hermenéutica empleada. Existe el peligro de contentarse con un comentario superficial, que se limita a una consideración cronológica de la sucesión de los acontecimientos y de los personajes de la Biblia» (IV.C.3).

Evidentemente, tanto la referencia a la historia —en última instancia, a los métodos histórico-críticos— como al marco hermenéutico adecuado se hallan en línea con todo el documento, especialmente con la primera y segunda partes. «La Biblia no es simplemente enunciación de verdades. Es un mensaje dotado de una función de comunicación en un determinado contexto...» (I.B.I).

El catequista, lo mismo que los demás responsables del ministerio en la Iglesia, está invitado a situar la Palabra de Dios en el contexto social, histórico, cultural, religioso y literario en el que Ésta se ha encarnado. No basta con presentar la palabra de Dios como un conjunto de verdades desencarnadas. Esto exige a los encargados de las enseñanzas de tipo catequético-bíblico un buen conocimiento no sólo de los problemas planteados por los textos bíblicos sino también de los métodos y acercamientos modernos al estudio de la Biblia.

Se requiere, asimismo, una hermenéutica filosófica adecuada, para que no se enseñen unos contenidos bíblicos sin un entronque en una línea de pensamiento y sin una incidencia en la actualidad. La afirmación del documento tiene un peso considerable: «la fecundidad de la catequesis depende del valor de la hermenéutica empleada». Así pues, los métodos de crítica literaria e histórica se han de integrar en un modelo de interpretación más amplio. Hay que tomar en serio tanto los textos bíblicos como los hombres y mujeres de nuestro tiempo, a quienes hemos de hacer llegar el mensaje revelado. «Para evitar el subjetivismo, una buena actualización debe estar fundada sobre el estudio del texto y los presupuestos de lectura deben someterse continuamente a su verificación por el texto». Se ha de «salvar la distancia entre el tiempo de los autores y primeros destinatarios de los textos bíblicos y nuestra época contemporánea, de modo que se actualice correctamente el mensaje de los textos para nutrir la fe de los cristianos» (II. 2).

Dicho con las palabras de un exégeta de nuestros días, el Prof. H. Cazelles, la hermenéutica es el «camino que debe seguir un pensamiento humano para pasar de un texto fijado (por escrito) a un Dios viviente y que vive con los hombres. Del mismo modo que el ingeniero debe sopesar bien el valor de sus cálculos cuando quiere hacer flotar con éxito la nave que ha concebido, así el historiador que estudia un texto antiguo y complejo como la Biblia tiene que atenerse a ciertos métodos para descubrir en él su valor vital, si quiere que, temprano o tarde, su interpretación sea reconocida por otros. No basta con reconocer personalmente la autoridad divina de un texto para ponerse al amparo de falsas interpretaciones»⁷.

3. Descendiendo al terreno concreto de los contenidos de la

⁷H. Cazelles, *La Bible et son Dieu*, París 1989, 155.

catequesis, el documento de la Comisión Bíblica señala:

«La catequesis no puede evidentemente explotar más que una pequeña parte de los textos bíblicos. En general, utiliza sobre todo los relatos tanto del Nuevo como del Antiguo Testamento. Insiste sobre el Decálogo. Debe estar atenta para emplear igualmente los oráculos de los profetas, la enseñanza sapiencial y los grandes discursos evangélicos como el Sermón de la montaña».

«La presentación de los evangelios ha de hacerse de manera que provoque un encuentro con Cristo, que ofrece la clave de toda la revelación bíblica y transmite la llamada de Dios, a la que cada cual tiene que responder. La palabra de los profetas y de los "servidores de la palabra" (Lc 1,2) deben aparecer como dirigidas ahora a los cristianos».

El énfasis que se pone en el Sermón de la montaña, en el Decálogo y en el encuentro con Cristo recuerda, sin lugar a duda, muchas páginas del *Catecismo de la Iglesia católica*, especialmente de su tercera parte, titulada *La vida en Cristo*. «En el centro de la catequesis -leemos en el n° 426 del *Catecismo*- encontramos esencialmente una Persona, la de Jesús de Nazaret, Unigénito del Padre... Catequizar es... descubrir en la Persona de Cristo el designio eterno de Dios». Y más adelante, en el n° 1698 añade: «La referencia primera y última de la catequesis será siempre Jesucristo que es "el camino, la verdad y la vida" (Jn 14,6)». Y hablando del Decálogo y de las Bienaventuranzas, el *Catecismo* afirma que ellos «nos describen los caminos que conducen al Reino de los cielos» (n° 1724).

En este punto, el documento de la Comisión Bíblica se halla, pues, en perfecta sintonía con el *Catecismo de la Iglesia*

católica. Otra cita del mencionado documento, referida a las relaciones entre la exégesis y la teología moral, viene en apoyo de lo que acabo de señalar:

«El testimonio de la Biblia, comprendido en su vigoroso dinamismo de conjunto, tiene que ayudar a definir una orientación fecunda. En los puntos más importantes, la moral del Decálogo permanece fundamental» (III.D.3).

En un ensayo reciente, uno de los más grandes exponentes de la teología moral católica del s. XX, el Prof. Bernard Häring, escribe:

«En la catequesis moral, en muchas naciones, se nota una vuelta al Decálogo como punto de partida y disposición de las materias. (...) El teólogo moralista debe interesarse directamente en la relación entre el mensaje moral del Antiguo y del Nuevo Testamento. No se puede comprender el Nuevo Testamento sin un justo aprecio del Antiguo y, de modo particular, del Decálogo»⁸.

De las reflexiones anteriores se desprende en primer lugar que se debe ahondar continuamente en los contenidos esenciales de la fe y de la moral cristianas; como es lógico, éstos no se pueden reemplazar por nada; y, en segundo lugar, que se hace necesario un esfuerzo innovador tanto en los planteamientos metodológicos como en los presupuestos hermenéuticos. Sólo así, podrán cobrar toda su fuerza y frescor los viejos textos de la Biblia; sólo así, podrán seguir hablando a los hombres y a las mujeres de hoy y alimentando su fe.

⁸B. Häring, *Teología morale verso il terzo millennio*, Brescia 1990, 110; cf. F. García López, *Le Décalogue (Cahiers Évangile 81)*, París 1992 (traducción española prevista para 1994 en *Cuadernos Bíblicos* (Verbo Divino)).

Conclusión

A modo de conclusión, quiero recordar las dos coordenadas fundamentales que, de modo más o menos explícito, han estado presentes a lo largo de estas reflexiones: la ciencia y la fe. «El estudio científico de la Biblia no puede aislarse de la investigación teológica ni de la experiencia espiritual y del discernimiento de la Iglesia. La exégesis, como muy bien nota el documento de la Comisión Bíblica, produce sus mejores frutos cuando se efectúa en el contexto de la fe viviente de la comunidad cristiana, que está orientada hacia la salvación del mundo» (III.D.4).

Si, en determinados momentos de la historia de la Iglesia -pienso, de modo especial, en algunos de los momentos que hemos evocado-, el estudio científico de la Biblia cedió su puesto a la lectura espiritual y la ciencia fue relegada por la fe a un segundo plano, en el momento presente no cabe duda que hemos de poner todo el empeño para aunar y equilibrar ambas facetas.

«Las Escrituras son el tesoro común de todo el cuerpo de los creyentes» (III.B.3) Los educadores de la fe, entre los que destacan los catequistas, tienen como misión no sólo transmitir unas enseñanzas religiosas, sino también ayudar a los fieles a entender y discernir lo que la Palabra de Dios les dice cuando escuchan y meditan las Escrituras (III.D.4).

La tarea de los Centros Superiores de Estudios Teológicos tiene que ser una tarea de Iglesia, al mismo tiempo que una tarea científica. Tal es el caso -creo yo- del Instituto Superior de Ciencias Catequéticas «San Pío X». Y pienso que no me equivoco, pues así consta en el Decreto de aprobación, firmado por la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades, y en los propios Estatutos del Centro.

Entre los fines específicos del Instituto Superior «San Pío X» figuran la preparación de peritos en Ciencias Religiosas y Catequéticas, la capacitación de personas para la educación de la fe en los centros de enseñanza y la formación de investigadores en aquellas disciplinas que más directamente se relacionan con la Catequesis y Pastoral Educativa. «Para cumplir estos fines -añaden los Estatutos (artículo 2.3)- el Instituto San Pío X integra **vital y científicamente** (el subrayado es mío) los estudios de Ciencias Humanas, de Teología y Catequética, necesarios al educador de la fe».

Los objetivos que la Universidad Pontificia se propone con relación al Instituto San Pío X apuntan precisamente en esta dirección: cuidar la calidad del Centro en todo lo que atañe a la docencia-discencia y a la investigación en el campo de las ciencias teológico-catequéticas. Así pues, todos los miembros del Centro estáis llamados a aunar y redoblar vuestros esfuerzos para el fiel cumplimiento de la misión que os ha sido encomendada en la Iglesia y en la sociedad. Tarea que habéis de realizar con la mirada puesta en los hombres y en las mujeres de hoy, a quienes queréis servir como testigos fidedignos de la palabra de Dios.